

MKULTRA y la guerra a la mente humana de la CIA

Tags: [Big Government](#), [Book Reviews](#)

09/08/2020 • [Mises Wire](#) • [Jason Morgan](#)

[Reseña de Stephen Kinzer *Poisoner in Chief: Sidney Gottlieb and the CIA Search for Mind Control* (Nueva York: Henry Holt and Company, 2019)]

La Agencia Central de Inteligencia (CIA por sus siglas en inglés) tiene una reputación temible. Autora y ejecutora de innumerables golpes de Estado y asesinatos políticos, la CIA es conocida por el submarino, las «entregas extraordinarias», el cambio de régimen, los secuestros, el contrabando de estupefacientes, la financiación de guerras de guerrillas y muchas otras actividades desagradables en todo el mundo, incluso contra los americanos, [incluso dentro de los Estados Unidos](#).

Pero «temible» no significa «impecable». La CIA ha fracasado al menos tantas veces como ha tenido éxito, y a veces los fracasos son tan flagrantes—como enviar a miles de guerrilleros anticomunistas tras las líneas enemigas en Corea, Europa Oriental, China y el Sudeste Asiático durante la Guerra Fría, donde casi todos ellos murieron—que los internos de la CIA se refieren irónicamente a su organización como «*Clowns In Action*».

¿Cuál es? ¿La CIA es una amenaza ruin o un semillero de horribles errores? Si el nuevo libro de Stephen Kinzer, *Poisoner in Chief*, es una indicación, la respuesta es ambas.

Veterano reportero de conflictos extranjeros como los de Ruanda, Guatemala, Nicaragua e Irán, Kinzer es un ex corresponsal del *New York Times* y, más famoso, el autor del bestseller *Overthrow: America's Century of Regime Change from Hawaii to Iraq*. En su último esfuerzo, aporta sus habilidades analíticas a lo que quizás sea el proyecto de la CIA más inquietante de todos: MKULTRA, el esfuerzo de largo plazo y alto secreto para encontrar un método para controlar la mente humana.

«La búsqueda más sistemática de la historia de técnicas de control mental», escribe Kinzer, fue un subproducto de la Segunda Guerra Mundial. A finales de 1942, un bacteriólogo de la Universidad de Wisconsin llamado Ira Baldwin —«el primer bioguerrero de América» y un predicador cuáquero a tiempo parcial— fue prestado a Washington (con la bendición del presidente de la Universidad de Wisconsin) con

el fin de establecer y ejecutar un programa de armas biológicas para el ejército de los Estados Unidos (p. 16). Con base en el Campamento Detrick en Maryland, el laboratorio de Baldwin sacó armas biológicas para su posible uso contra los enemigos aliados. En uno de los proyectos más grandes de Baldwin, el envío de toneladas de esporas de ántrax, ordenado por Winston Churchill para su posible uso contra los nazis, fue aprobado por el Presidente Franklin D. Roosevelt y casi listo para ser entregado cuando los alemanes se rindieron el 7 de mayo de 1945 (p. 19).

Para muchos, incluso para los predicadores cuáqueros, la Segunda Guerra Mundial eliminó el último de los obstáculos psicológicos para desatar armas biológicas contra un enemigo. El libro de Kinzer cuenta la historia de cómo el ataque a poblaciones desprevenidas fue justificado más tarde por la guerra más grande, la Guerra Fría, que siguió a la desaparición del Tercer Reich.

Las ruinas del Tercer Reich proporcionaron gran parte del poder mental original de MKULTRA. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, la CIA—formada en la Oficina de Información de Guerra en 1945—se enfrentó a una elección. Los alemanes y los japoneses habían estado llevando a cabo experimentos avanzados en la guerra bacteriológica y otras formas de armamento biológico. ¿Deberían los aliados procesar como criminales de guerra a los científicos involucrados en tales proyectos, o contratarlos como asesores expertos? Con el comienzo de la Guerra Fría y la amenaza de los soviéticos como un enemigo impredecible, la CIA, con la aprobación tácita de los pocos miembros del Congreso de los Estados Unidos a los que se les permitió conocer incluso la existencia de la Agencia Central de Inteligencia, decidió hacer uso de la experiencia en armas biológicas de los antiguos enemigos para contrarrestar al nuevo adversario en Moscú.

Por ejemplo, Kurt Blome, el director nazi de investigación y desarrollo de la guerra biológica, cuya labor había sido defendida por Heinrich Himmler, fue absuelto por decreto político americano en el juicio a los médicos en Nuremberg en 1947 y enviado a trabajar—como parte de la Operación *Paperclip* diseñada principalmente para llevar a los científicos alemanes especializados en cohetes a los Estados Unidos—en el Campo Detrick (págs. 20-24).

Fue en el Campamento Detrick donde Blome encontró una estrella en ascenso en la CIA, Sidney Gottlieb. Gottlieb, un especialista en bacteriología que había sido un estudiante estrella de Ira Baldwin en Wisconsin, es la figura principal del libro de Kinzer. Su carrera es virtualmente sinónimo de MKULTRA. Bajo la dirección de Gottlieb, los laboratorios de la CIA en el Campamento Detrick pasaron de la investigación y el desarrollo de armas biológicas—a menudo utilizando sujetos americanos inconscientes, como en 1950 cuando un dragaminas de la Marina de EEUU «especialmente equipado con grandes mangueras de aerosol» pasó seis días rociando la bacteria *Serratia marcescens* en la niebla de San Francisco, infectando a

unas ochocientas mil personas (págs. 37-38)—a drogas que podrían utilizarse para el control mental. (MKNAOMI, el proyecto hermano de la CIA de MKULTRA, también se encargó de encontrar venenos y biotoxinas que la CIA y el gobierno de EEUU podrían utilizar en diversas operaciones). Gottlieb proporcionó las grandes ideas en las que encajar el nefasto conocimiento de Blome sobre el asesinato en masa por bacilos. Gottlieb se convirtió, virtualmente de la noche a la mañana y con la ayuda de antiguos médicos nazis, en el «envenenador en jefe» de América.

El programa de control mental de la CIA, que fue asumiendo una importancia cada vez mayor a medida que los temores de un lavado de cerebro soviético crecían en EEUU, se llamó originalmente Operación *Bluebird* y fue supervisada personalmente por el superior de la CIA, Allen Dulles. (47) Al principio, el equipo de *Bluebird* experimentó con «hipnosis, electrochoque y privación sensorial», junto con drogas como el amital sódico, en sitios de la CIA en «prisiones secretas en Alemania y Japón», buscando una manera de extraer información de los prisioneros de guerra y los espías capturados (pp. 44, 48-49). Pero Dulles no quedó satisfecho con los resultados y decidió darle al joven recluta de la CIA Sidney Gottlieb el control de la iteración actualizada de *Bluebird*: Operación *Artichoke* (pp. 51-52). El objetivo de *Alcachofa* era hacer lo que fuera necesario para que los prisioneros divulgaran secretos militares y de estado a la CIA. La Guerra Fría no permitiría nada menos que una guerra a gran escala contra la mente humana.

Dulles se convirtió en subdirector de la inteligencia central tres días después de lanzar *Alcachofa* en 1951, y a Gottlieb, invisible para el mundo exterior, se le dio rienda suelta para llevar a cabo cualquier experimento que se creyera necesario para lograr el control de la mente (p. 51). Este impulso para lograr un control operativo total sobre la psique humana eclipsó toda la realidad y la limitación táctica. Si EEUU no ganaban la carrera hacia el método de control mental, pensaron muchos de los miembros de la CIA, toda la población americana quedaba vulnerable a la esclavitud mental de los soviéticos. Dulles, escribe Kinzer, a pesar del desastroso e infructuoso ataque de tres años de duración de «*Artichoke*» a un prisionero político búlgaro llamado Dmitri Dimitrov, «se había convencido a sí mismo no sólo de que las técnicas de control mental existían, sino también de que los comunistas las habían descubierto, y que esto suponía una amenaza mortal para el resto del mundo» (págs. 52-53).

El control mental era una necesidad apremiante, pero nada lo ponía al alcance de la mano. Técnica tras técnica, droga tras droga, se probaron en prisioneros, pero sin éxito. En su frustración, los agentes de *Artichoke* bajo el mando de Gottlieb subieron la apuesta, recurriendo a la marihuana, la cocaína y luego la heroína como posibles catalizadores de un lavado de cerebro antisoviético dirigido por la CIA. Como parte de *Artichoke*, un profesor de psicología de la Universidad de Rochester recibió una subvención de la Marina de EEUU para probar la heroína en sus estudiantes. El control de la mente siguió siendo tan

escurridizo como siempre, a pesar de la masiva dosificación de opiáceos en la población estudiantil de Rochester. Nada parecía tener el potencial de abrir la mente para la CIA (p. 59).

Alguien en Artichoke sugirió usar mescalina después de que los otros narcóticos fallaran, y esto le dio una idea a Sidney Gottlieb. Recordó haber oído hablar de una droga llamada LSD que el Dr. Albert Hofmann había descubierto durante un experimento en los laboratorios Sandoz en Basilea, Suiza, en 1943. La dietilamida del ácido lisérgico (LSD), una enzima del cornezuelo, producía efectos psicológicos extraordinarios y perturbadores, que el Dr. Hofmann descubrió al ingerirla y registró los efectos de la droga. Washington se enteró del descubrimiento de Hofmann en 1949, y uno de los especialistas químicos del complejo militar de EEUU le habló a Gottlieb de la nueva sustancia (pp. 34-35). En 1951, Gottlieb le pidió a Harold Abramson, que había sido médico del Servicio de Guerra Química durante la Segunda Guerra Mundial, que le administrara LSD. Gottlieb experimentó el mismo estado psicodélico que el Dr. Hofmann había descrito. Otros sujetos también fueron examinados, no todos ellos a sabiendas, y todos parecían mostrar reacciones similares. El LSD definitivamente alteró la mente (pp. 60-61). Gottlieb estaba convencido de que había encontrado la droga mágica que permitiría a la CIA controlar la psique y, por lo tanto, vencer a los soviéticos en (lo que Allen Dulles, Gottlieb y muchos otros en la CIA pensaban, al menos, que era) el propio juego de los soviéticos.

Los experimentos con sujetos humanos siguieron rápidamente después de la conversión de Gottlieb a la creencia en los poderes del LSD. Estos experimentos a menudo terminaban en la muerte, a menudo por asesinato. Un estudio citado por Kinzer informa que

en 1951 un equipo de científicos de la CIA dirigido por el Dr. Gottlieb voló a Tokio....Cuatro japoneses sospechosos de trabajar para los rusos fueron llevados en secreto a un lugar donde los médicos de la CIA les inyectaron una variedad de depresivos y estimulantes...Bajo un incesante interrogatorio, confesaron haber trabajado para los rusos. Fueron llevados a la bahía de Tokio, les dispararon y los tiraron por la borda. (p. 64)

La CIA llevó a cabo experimentos y ejecuciones similares en Corea y Alemania (pág. 64). Gottlieb solía estar involucrado personalmente.

A lo largo de los años 50 la experimentación continuó. Un artista americano llamado Stanley Glickman fue atraído por agentes de la CIA a un bar cerca de su estudio en París en 1951 y un producto químico se deslizó en su bebida. Glickman comenzó a alucinar salvajemente. Huyó en estado de pánico y permaneció en su apartamento de París durante los siguientes diez meses en una paranoica clandestinidad hasta que su familia vino a llevarlo a casa, y luego pasó el resto de su vida como casi un inválido. El producto químico

que la CIA había puesto en la bebida de Glickman era casi seguro LSD, y Glickman, sugiere Kinzer, había sido elegido por la CIA porque se acababa de recuperar de la hepatitis y el equipo de Artichoke estaba llevando a cabo un experimento sobre los efectos de la infección hepática en la eficacia del LSD (pp. 66-67)

Las cosas empeoraron a partir de ahí. En 1952, la CIA encargó al habitante de los bajos fondos y ex policía de vicios George Hunter White que dirigiera un sitio de experimentos con sujetos humanos en el 81 de la calle Bedford en Greenwich Village, Nueva York (pp. 74-75). El trabajo de White era llevar al departamento de la CIA «prescindibles» en los que Gottlieb y su equipo pudieran probar el LSD. White «conocía a las putas, a los proxenetas, a la gente que traía las drogas», como explicó más tarde uno de los colegas de Gottlieb en MKULTRA, y esto lo hizo invaluable para conseguir a los «usuarios de drogas, pequeños delincuentes y otros en los que se podía confiar para que no se quejaron de lo que les había sucedido» cuando los experimentos de la CIA terminaron (pp. 76-77). Muchos de estos «prescindibles» sufrieron crisis nerviosas, y algunos murieron.

Para mantener el suministro de LSD fluyendo, los agentes de la CIA fueron a Basilea, donde el LSD había sido descubierto, e intentaron comprar todo el LSD en stock. Allen Dulles autorizó un desembolso de 240.000 dólares para pagarlo (p. 86). Sandoz tenía la patente del descubrimiento de Hofmann en 1943, pero Sandoz no quería tener nada que ver con la problemática sustancia, por lo que Gottlieb, liberado de toda necesidad de escrúpulos por la violación de la propiedad intelectual, encargó a la empresa farmacéutica de EEUU Eli Lilly la fabricación de LSD en los Estados Unidos (p. 85-86) Con su suero de control mental en producción, los agentes de MKULTRA podían centrarse en cómo dosificar a los sujetos experimentales. La CIA incluso contrató a un mago profesional, John Mulholland, para que enseñara a Gottlieb y a sus agentes cómo administrar LSD en bebidas y alimentos de sujetos desprevenidos sin ser detectados (pp. 89-94)

Gottlieb reclutó a un especialista en adicciones de Kentucky, el Dr. Harry Isbell, para probar el LSD y las nuevas drogas que alteran la mente en prisioneros y pacientes. Más vidas fueron destruidas (pp. 94-96). Entre las víctimas de otro de los médicos-agentes de Gottlieb estaba nada menos que James «Whitey» Bulger, el mafioso que, junto con «otros diecinueve reclusos» de la Penitenciaría Federal de Atlanta, a partir de 1957 «recibió LSD casi todos los días durante quince meses, sin que se le dijera de qué se trataba» (pp. 98-99). Bulger estuvo plagado durante el resto de su vida de pesadillas, pensamientos suicidas y «depresión profunda» (p. 98). Bulger, a quien se le había dicho que estaba participando en experimentos destinados a encontrar una cura para la esquizofrenia, no supo la verdad de lo que había sucedido hasta 1979 (págs. 263-64).

El número de víctimas humanas de los experimentos MKULTRA de Gottlieb continuó aumentando. Uno de los asociados más cercanos de Gottlieb en el proyecto, Frank Olson—un bacteriólogo entrenado en la Universidad de Wisconsin que también había sido reclutado por la CIA por el mentor de Gottlieb, Ira Baldwin—comenzó a expresar dudas sobre lo que el equipo de MKULTRA estaba haciendo. Le dijo a su esposa que había cometido un «terrible error» en su trabajo (p. 114). También compartió sus dudas con sus colegas de la CIA. La conciencia de Olson parecía estar sacando lo mejor de él, y se convirtió en una carga para el equipo.

A finales de 1953, Gottlieb dosificó subrepticamente a Olson con LSD en una reunión de MKULTRA en el bosque, «Deep Creek Rendezvous», en las afueras de Camp Detrick (p. 113). Olson cayó en una espiral de desorientación espantosa, y temprano en la mañana del 28 de noviembre de 1953, unos días después del Día de Acción de Gracias, Olson «cayó o saltó» desde una ventana del Hotel Statler en Manhattan, muriendo pocos momentos después de chocar con el hormigón de abajo. Otro agente de MKULTRA, el teniente de Gottlieb, Robert Lashbrook, era la única persona que estaba en la habitación cuando Olson «cayó o saltó» (pp. 120-21). Lashbrook le dijo a la policía de Nueva York que Olson había saltado por la ventana y que la muerte de Olson fue originalmente designada como un suicidio, pero la familia Olson eventualmente comenzó a sospechar y se llevó a cabo una investigación, incluyendo una nueva autopsia del cuerpo de Olson. El patólogo forense, después de un mes de examen del cadáver, declaró: «Creo que Frank Olson fue intencionadamente, deliberadamente, con premeditación, arrojado por esa ventana» (p. 250). Las heridas en el cuerpo de Olson eran coherentes con los métodos enseñados en los manuales de la CIA para incapacitar a las personas y luego matarlas para que sus muertes parecieran autoinfligidas.

Gottlieb y MKULTRA se vieron sacudidos por la muerte de Olson, pero continuaron con su trabajo. Pasaron los años siguientes buscando setas mágicas en México (157); organizando cápsulas suicidas para agentes americanos, incluido el piloto de U-2 Gary Powers (que optó por no utilizar las suyas cuando fue abatido sobre la Unión Soviética) (pp. 172-75); el intento, por orden del entonces fiscal general Robert Kennedy, de asesinar al dictador cubano Fidel Castro (después de que se descartaran los puros y las caracolas explosivas, Gottlieb lo intentó con un traje de neopreno con hongos y bacterias) (pág. 184); y el enganche de Allen Ginsberg y otros radicales al LSD (págs. 188-90). Gottlieb entregó personalmente a la embajada americana en Leopoldville, en el Congo, los venenos que Gottlieb había desarrollado para asesinar al Primer Ministro Patrice Lumumba, pero los belgas y los africanos se adelantaron a la CIA (págs. 176 a 80).

La carrera de Gottlieb trajo la ruina y el sufrimiento a un número incalculable de personas, muchas de ellas inocentes. Se retiró de la CIA en 1973 después de recibir la Medalla de Inteligencia Distinguida (p. 211). Devotos de toda la vida de la danza folclórica, Gottlieb y su esposa, Margaret, se trasladaron al campo en la

Virginia rural e intentaron mezclarse con la pequeña comunidad de allí, ofreciéndose como voluntarios, bailando y experimentando con la ecología radical. Sin embargo, «el reportero de investigación Seymour Hersh, que había ganado un premio Pulitzer por exponer la masacre de My Lai en Vietnam», se enteró del programa MH-CHAOS dirigido a los americanos, y el Congreso se vio obligado a actuar. La carrera de Gottlieb, un secreto bien guardado durante mucho tiempo, estaba siendo sacada a la luz, y por lo tanto su retiro estaría lejos de ser pacífico.

Pero todavía había muchos que trataban de encubrir lo que Gottlieb y los otros agentes de MKULTRA habían hecho. En 1975, después de la protesta causada por el reportaje de Hersh, el presidente Gerald Ford nombró al vicepresidente Nelson Rockefeller para presidir una comisión de la CIA. El nuevo director de la CIA, William Colby, fue notablemente franco. Colby informó a la Comisión Rockefeller que «la CIA había realizado experimentos de LSD que resultaron en muertes. Más tarde se refirió a los planes de asesinato» (p. 216). Nelson Rockefeller, tratando de evitar que el director de la CIA revelara demasiado, le puso el casquillo a Colby más tarde: «Bill, ¿realmente tienes que presentarnos todo este material?» (p. 216).

En 1977, tras el Informe de la Iglesia sobre los nuevos excesos de la inteligencia americana, el senador Edward Kennedy, hermano de Robert, espoleado por algunos documentos que habían sido descubiertos como resultado de una solicitud de la FOIA (Gottlieb había ordenado que se quemaran todos los archivos de MKULTRA, pero quedaban algunas copias no detectadas), llamó al almirante Stansfield Turner para que testificara ante el Congreso sobre MKULTRA. Las paredes se estaban cerrando. El propio Gottlieb fue finalmente obligado a testificar—aunque en una sala cerrada que su abogado había ayudado a organizar—pero Gottlieb esencialmente alegó amnesia (casi todas sus respuestas a las preguntas sobre MKULTRA eran alguna versión de «no recuerdo») y el asunto pareció terminar ahí.

Aun así, los esqueletos en el armario de Gottlieb no desaparecían. En 1984 Gottlieb accedió a reunirse con la familia de Frank Olson, el antiguo colega de MKULTRA que se había «caído o saltado» de su habitación de hotel en Manhattan en 1953. Eric Olson, el hijo de Frank Olson, no estaba convencido de la explicación de Gottlieb del «accidente» y, después de que la viuda de Frank Olson y la madre de Eric fallecieran, ordenó la exhumación del cuerpo de Frank en 1994. A medida que la información sobre MKULTRA se fue haciendo pública, se reabrieron otros casos, incluyendo el de Stanley Glickman. (257) Las cortes estaban ahora involucradas y Gottlieb no podía contar con la CIA para sacarlo de sus problemas legales. Gottlieb retrasó el juicio por el asesinato de Glickman tanto como pudo, y luego, a principios de marzo de 1999, Sidney Gottlieb murió.

Al igual que Frank Olson, no se reveló oficialmente si la muerte había sido o no un suicidio (p. 259).

Poisoner in Chief de Stephen Kinzer es una introducción muy legible y muy investigada a la vida y la obra de uno de los agentes gubernamentales más desconocidos, y sin embargo infames, de América. Hay que agradecer a Kinzer por su libro sencillo y valiente. Incluso aquellos que han estudiado a la CIA y los diversos planes y crímenes que «la Agencia» ha cometido en los últimos setenta y cinco años se sorprenderán de alguna de la información que Kinzer relata. Ver en un volumen una representación de algunas de las vidas arruinadas por un solo programa de la CIA, MKULTRA, es una revelación aleccionadora.

Sidney Gottlieb, la persona directamente responsable de gran parte, si no la mayoría, de la devastación de MKULTRA durante más de veinte años, sigue siendo tan misterioso al final del volumen de Kinzer como al principio, sin embargo. Según todos los indicios, Gottlieb era un buen estudiante de una familia estable. Kinzer especula que tal vez Gottlieb, habiendo sido rechazado para el servicio militar en la Segunda Guerra Mundial, tartamudeó y le dejó un pie zambo insatisfecho e impaciente por probar su patriotismo, una tarea urgente para el hijo de judíos inmigrantes (p. 50). Gottlieb estaba muy involucrado en el misticismo y la meditación de la Nueva Era y parece haber gastado una considerable energía psicológicamente compartimentando su «trabajo», por lo que hay indicios de que era consciente de que los experimentos que él y su equipo de MKULTRA estaban llevando a cabo eran, en el mejor de los casos, poco éticos y, objetivamente hablando, a menudo crímenes abiertos.

Pero Gottlieb no estaba solo en sus esfuerzos, y la explicación que Gottlieb, Allen Dulles y muchos otros en la CIA se dieron a sí mismos y a los demás, y al mundo alrededor cuando se les presionó, tiene mucho sentido. Tenían un país que defender, se enfrentaban a un enemigo de una crueldad sin precedentes en la Unión Soviética, y estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario, incluso sacrificar a gente inocente, para evitar que los americanos en su conjunto cayeran bajo el hechizo del control mental comunista.



Image Source: Global Panorama via Flickr

Note: The views expressed on Mises.org are not necessarily those of the Mises Institute.